

Seminario Concordia  
 C. Cerreo 5  
 1655 J. L. Suárez  
 Bs. As. - Arg.

# Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

## CONTENIDO :

	Página
La teología de la revolución (II) .....	1
Se proclama la fe al mundo al suscribir los pastores las confesiones luteranas .....	5
El voto de la mujer en la congregación .....	8
La cooperación interluterana en el Río de la Plata ..	13
El obrero laico .....	17
Bosquejos para sermones .....	26

Publicado  
 por  
 La Junta  
 Misionera  
 de la  
 Iglesia  
 Evangélica  
 Luterana  
 Argentina

# Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana.

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia.

Editor: Fr. Lange.

Núm 67.

Cuarto Trimestre - 1970 -

Año 18

## LA TEOLOGIA DE LA REVOLUCION (II)

Max Weber<sup>1</sup>, el gran sociólogo y ecónomo que murió hace 50 años, ya predijo que la socialización traería solamente una burocratización más pronunciada, es decir, no una disminución sino una intensificación de la dominación del hombre por el hombre, y agregó que "está en marcha la dictadura del funcionario, no la del obrero —al menos por ahora". No cuesta mucho comprender lo acertado de esta predicción. ¿Pero compartimos también su siguiente opinión que nos lleva ya más cerca de nuestro tema?: "Los cristianos antiguos sabían muy bien que el mundo se halla dominado por demonios y que todo aquel que se mete en la política, es decir en el poder y la violencia como medios, concluye un pacto con potencias diabólicas; y en lo que a sus actitudes se refiere, no es verdad, que de lo bueno siempre debería provenir lo bueno y de lo malo lo malo, sino que muchas veces ocurre lo contrario. Aquel que no comprende esto, en realidad es políticamente un niño."

Tales niños no se sienten obligados a meditar en las posibles o probables consecuencias de su actitud. Pero tampoco son ajenos a la realidad, pues frente a la realidad política se transforman rápidamente en profetas quiliastas que proclaman la aplicación de la violencia llamándola la "última violencia" que debe traer el fin de toda violencia, con lo cual habría llegado el reino de Dios en la tierra. Max Weber dice con respecto a tales soñadores que caen víctimas de los demonios a los cuales creen poder vencer: "El genio o el demonio de la política vive en cierta tensión interior con el Dios del amor, también con el Dios en su definición eclesiás-

tica, una tensión que cada momento puede hacer explosión en un conflicto no previsto. Aquel que quiere hacer política debe estar consciente de aquellas paradojas éticas y de su responsabilidad por lo que puede resultar de él mismo bajo esta presión. Se mete —lo repito— con los poderes diabólicos que acechan en cada violencia.”

En la teología de la revolución debería tomarse a pechos tal advertencia, pero no hay síntomas de que esto ocurriera, porque allá se desconoce el fondo satánico del mundo y no se lo toma en cuenta, tal vez por la creencia de que esto sea incompatible con los adelantos de la ciencia moderna. Pero con tal premisa no puede saberse lo que significa la obra salvadora de Cristo que “apareció para deshacer las obras del diablo” (1. Jn. 3:8), ni tampoco se percibe la seriedad de advertencias apostólicas como ésta: “Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad” (Ef. 6:12).

No es aquí el lugar para hablar más detalladamente del optimismo infundado con que se quiere encender con conciencia tranquila el fuego de una revolución, como si se tratase de fenómenos controlables a voluntad a la manera de experimentos de un laboratorio químico, aunque la historia de los últimos tiempos con sus experiencias terribles nos enseña todo lo contrario, confirmando al mismo tiempo lo dicho por Max Weber sobre la irrupción de lo satánico en el desarrollo de la historia o la política.

No puede negarse que la palabra e idea de la revolución ejerce una gran atracción sobre el hombre contemporáneo, también sobre el teólogo joven, de modo que le es difícil sustrarse a tales influencias —la cosa es aún más complicada por lo ambiguo de la palabra “revolución” y el uso no siempre definido que se hace de ella—. Así es que fácilmente sucumbirá a la tentación de relacionar sus doctrinas de una revolución política con el evangelio buscando así una justificación aun para actos de violencia que al fin y al cabo resultarán inevitables en una revolución. Se los considera justificados y necesarios porque se cree que se trata de una forma nueva pero eficaz de luchar por el reino de Cristo. La

convicción de tal teólogo de que el mundo debiera ser cambiado por acciones revolucionarias ya se ha elevado al rango de un dogma.

Pero lo dudoso de tal procedimiento debe evidenciarse cuando se comprende por medio del Nuevo Testamento que el reino de Dios no se puede instaurar por los medios de este mundo, y que este reino nunca será el resultado de posibilidades humanas. El reino de Dios no viene a nosotros por revoluciones y cambios humanos, no “por<sup>2</sup> ninguna acción violenta, por rebelión, provocación, huelga, sit-in, go-in, happening o asesinato de tiranos”. En ningún pasaje del Nuevo Testamento leemos que los hombres hayan podido promover la venida del reino de Dios por cierta actitud política o de otro estilo. Jesús dijo significativamente al gobernador romano Poncio Pilato: “Mi reino no es de este mundo”, porque éste viene desde arriba como irrupción de una vida diferente en nuestro mundo corrupto y perdido. Esto resulta del contenido del mensaje de Cristo, el mensaje de la cruz y de la resurrección, que son los signos de este reino. No debe olvidarse que la cruz de Cristo quedará escándalo y locura para la lógica humana que no va a comprender que, no obstante toda apariencia contraria, Él es el Señor y Salvador del mundo. La lógica humana tampoco va a verificar y constatar la llegada de esta vida nueva por la resurrección de Cristo. Esto va a ser reconocido solamente con la última venida del Señor y no antes. Porque antes Dios queda un Dios escondido y el reino de Cristo queda un reino bajo la cruz. El cristiano debe proclamar que Dios se ha manifestado y ha dado su testimonio en la cruz y la resurrección de su Hijo, contestando así al testimonio de Dios.

Pero “el Dios escondido no debe usarse por el cristiano como pretexto barato para un quietismo cristiano. El actuar oculto<sup>3</sup> de Dios en el mundo no permite al cristiano la retirada a la esfera cómoda de la interioridad. De ninguna manera el “Deus absconditus” debe llegar a ser un pretexto para un fatalismo cristiano... pero el cristiano debe saber que la terrible barrera, puesta con el “Deus absconditus”, bajo ninguna circunstancia puede ser traspasada. Este Dios escondido guardará también a los cristianos de todo fácil

optimismo referente a un mundo mejor que con alguna buena voluntad podría realizarse. Si se observa la serie de publicaciones teológicas de la revolución, nos cuesta bastante suprimir la impresión de que no se toma en cuenta esta barrera y que por lo tanto todo el concepto adolece de la carencia absoluta de un contenido realista. . . No puede haber una solidaridad con un humanitarismo general, porque los hechos de los hombres no solamente deben medirse según el efecto humano sino que el testimonio sobre Cristo y la confesión de Cristo descubrirá a este mundo como un mundo de pecado y de la injusticia. Dondequiera que los cristianos busquen lo mejor de la ciudad, para expresarlo con las palabras de la carta de Jeremías a los cautivos en Babilonia, allá al mismo tiempo esto debe tomarse en cuenta. . . El cristianismo no tiene la menor posibilidad de cambiar "el mundo". La iglesia cristiana no perderá aquí el carácter de manada pequeña — todas las mejoras necesarias, todas las tentativas de una planificación universal, de eliminar la miseria y la esclavización de hombres, forzosamente tendrán el carácter de acciones parciales. "Estas no pueden ser realizadas desconsiderando la certeza de que la cristiandad confiesa el reino oculto de Cristo en este mundo."

Como cristianos sabemos que el mundo y toda su historia, la historia de la humanidad, avanza hacia un punto donde en la venida de Cristo será pronunciado por este juez el fallo definitivo sobre cada hombre, la palabra que decide la suerte eterna del hombre, o su entrada al reino eterno de Dios o su perdición eterna; y el factor clave será si el hombre se presenta frente a este tribunal más alto como librado de la carga de sus pecados por la obra de Cristo habiendo encontrado así la verdadera paz, o si se halla todavía en y con sus pecados. El cristiano convencido de lo fundamental y radical de tal comprensión no puede callar el hecho de que sin Cristo el pecado conduce inevitablemente a la muerte eterna. Pero cuando se estudian los conceptos de la teología de la revolución y sus ideas referentes a un mundo mejor y cambiado, resulta sorprendente la falta de esta dimensión. Pero todas las tentativas de llegar a un nuevo orden del mundo, son completamente ilusorias, cuando no inculcan esencial-

mente y de un modo impresionante la realidad del pecado y de su inmenso poder.

Sea reservado este aspecto a un estudio posterior.

#### F. Lange

1) "Die Entzauberung der Welt", ein Dialog mit Max Weber, publicado por la revista "Christ und Welt", 12/6/1970.

2) Alexander Evertz: "Die Evangel. Kirche und die Revolution von links" pág. 23.

3) Ulrich Asendorf: Was heisst "Bekennen" heute?, publicado por el "Jahrbuch des Martin-Luther-Bundes, 1970, pág. 21.

---

### SE PROCLAMA LA FE AL MUNDO AL SUSCRIBIR LOS PASTORES LAS CONFESIONES LUTERANAS

(Este artículo fue escrito por el Prof. Dr. Robert Preus  
para la revista The Lutheran Layman).

Los luteranos siempre estaban convencidos de que los credos y las confesiones son necesarias para el bienestar de la iglesia. Igualmente como la iglesia de Cristo y todos los cristianos están llamados a confesar su fe (Mt. 10:32; Ro. 10:9; 1. P. 3:15; 1. Jn. 4:2), así la iglesia, si ha de continuar proclamando el puro evangelio a tiempo y fuera de tiempo, debe, por varias razones, constituir símbolos y confesiones formales y permanentes y requerir de sus pastores y maestros que suscriban estas confesiones. Es imposible para la iglesia ser una iglesia no-confesional, exactamente como es imposible una iglesia que no confiesa. Y así ahora y siempre desde el tiempo de la Reforma, las iglesias luteranas en el mundo han requerido de sus pastores que suscriban las confesiones luteranas.

¿Qué significa esto? Cuando un pastor luterano suscribe las confesiones luteranas, esto es una forma especial en que él confiesa su fe voluntaria y gozosamente y sin reservas ni